

cer que les invitara a volverlo a pedir. Y, desde luego, como cualquiera, tengo experiencia de los muchos estudiantes que odian el latín por lo fastidioso y poco agradable de los textos, de los profesores, de los métodos y de las clases. Y quien dice latín... En cambio, recuerdo el piropo de un alumno entusiasmado a su profesor, a quien quería con apasionamiento: «Es usted más simpático que el latín.» El profesor le enseñaba, entre otras cosas, latín. Y sus alumnos le pedían más lección...

* * *

La culpa de la confusión en materia de ejercicio, no solamente proviene de la múltiple aplicación y acepción de la palabra, sino de la simplicidad de muchos de los ejercicios más conocidos de la gente. Para que el niño aprenda a andar, lo que tiene que hacer es andar. Para que el corredor vaya adquiriendo velocidad en la carrera, tiene que correr y correr... Así resultaría que para que el niño aprenda a escribir, lo mejor será que no suelte la pluma de la mano; y que para aprender la ortografía escriba y escriba palabras con hache y con uve; y que para que la niña sepa coser y bordar, no se levante del costurero...

* * *

Pero la cosa no es tan simple. Un maestro inteligente comprende por qué van a la sierra del Guadarrama los boxeadores que aspiran a ganar trofeos internacionales, y por qué descansan en ambientes naturales los jugadores de fútbol antes de los partidos, y por qué les hacen comer algunas horas antes del encuentro, de manera que vayan a él con la digestión hecha. Y también encuentra razonable que se elijan los mejores para estos esfuerzos superiores a lo normal, y lamenta, si es aficionado al

deporte, que incluyan en el equipo a quienes están en baja forma.

Esto lo ve. Y le parece sencillo y evidente, porque aplica la inteligencia serenamente a considerarlo.

* * *

Pero en materia de pedagogía muchas veces no emplea la inteligencia para enjuiciar y apreciar los problemas, sino que se deja llevar de la rutina o de la opinión de la gente de pueblo. De eso que llaman sentido común, y que vaya usted a saber lo que es, cuando resulta equivocado. Y así no es tarea fácil hacerle comprender que, a lo mejor, el niño aprende antes a leer y a escribir y a no cometer faltas de ortografía si se deja para más tarde la enseñanza directa de esas cosas y se les hace de párvulos dibujar y modelar y aprender objetos y sus nombres y recortar lo que a él le guste más, y jugar todo el tiempo que le convenga, y más bien algo más que algo menos.

* * *

Porque el ejercicio necesita, en primer lugar, una preparación adecuada de la capacidad infantil: lo que llamábamos en otro artículo *maduración*. Las enseñanzas han de graduarse, acomodarse, adaptarse y acompasarse al desarrollo *individual*. Porque de poco le sirve a Juanito el que Antofiete sea listo y lo entienda, si él es más lento o más pequeño en edad, y no siente ningún atractivo hacia eso tan raro y aburrido que llaman ortografía.

* * *

Actualmente se considera fundamental para el aprendizaje, tan fundamental o más